

servicios y mostrándose muy complaciente para con los prisioneros de Esfacteria. Pero cuando los espartanos prescindieron de él para entablar negociaciones de paz, y en vez de dirigirse al joven y noble amigo suyo, se entendieron con Nicias, el antiguo general y hombre de gran valía, juzgó Alcibiades que le reportaría mas ventajas declararse enemigo de Nicias y de los espartanos y ponerse al lado del partido popular radical y partidario de la guerra. Este vió con placer cómo al frente suyo se ponía un joven descendiente de una noble familia aristocrática, bello y audaz como un Aquiles, orador elegante, fascinador é inspirado en las nuevas ideas. El mismo pueblo se sintió mas seguro bajo aquella direccion que bajo la de cualquiera de los suyos, teniendo mas confianza cuando le guiaba un hombre de antigua y noble familia, que no solo participaba de los pensamientos, sentimientos y pasiones buenas y malas que animaban entonces al demos, sino que sabia organizarle de un modo práctico, y expresarse en forma elegante.

Alcibiades tuvo pronto ocasion de mostrarse enemigo tan implacable como peligroso de Nicias y de los espartanos. La negativa de los beocios, megarenses y corintios á reconocer la paz firmada, contraria á los intereses de los dos últimos Estados, indujo á los espartanos á unirse estrechamente con la Atenas de Nicias y firmar con ella una alianza de cincuenta años, que impuso á los dos Estados la obligacion, de defenderse mutuamente contra los ataques de sus enemigos, obligó á Atenas á prestar su auxilio en caso de un levantamiento de los ilotas, y en su virtud se verificó el canje de prisioneros, incluso los de Esfacteria. Entonces comenzó á reinar de nuevo la tranquilidad en el mundo griego.

Desgraciadamente para los espartanos, sus antiguos y mas fuertes aliados formaron una nueva simmaquia que se quejó de la disolucion de la primera contra los intereses de los Estados centrales. La inquieta Corinto se alió al poco tiempo con la democrática Argos, que durante la larga paz en que habia estado hacia treinta años, se habia regenerado y habia reorganizado sus fuerzas militares. Elis se unió tambien á Corinto, despues de haberse separado de Esparta, á causa de una lucha sobre la trifilica Lepreon. Asimismo entraron en la nueva alianza la arcadia Mantinea, que desde su origen no se mostró muy entusiasta de los espartanos y que deseaba extender su territorio en Esparta, y las ciudades calcidias que, despues de firmada la paz, permanecian semi-independientes y temian cayese Sicione y que los atenienses, despues de haber asesinado á sus habitantes aptos para el servicio de las armas, la poblasen con los plateos arrojados de sus hogares.

La nueva simmaquia no hizo, sin embargo, progreso alguno: Megara y Tebas no se sentian dispuestas á aliarse con Argos. En el Peloponeso, por el contrario, Tegea seguia unida intimamente á Esparta; el haber guarnecido á Lepreon con tropas lacedemonias, inspiró respeto á los eleos, y una demostracion del rey Pleistonax contuvo á los de Mantinea.

Pero todavia existian ciertas disidencias entre Atenas y Esparta: aquella esperaba con impaciencia que le serian restituidas Panacton y sobre todo Anfipolis; y como ni los beocios evacuaban las fortalezas fronterizas, ni los espartanos se sentian dispuestos ni estaban en estado de devolver á los atenienses esta última plaza, los atenienses, á su vez, retuvieron en su poder el fuerte de Pylos. De aquí resultó otro mal, y fué que, como en tiempo de Cimon, la política ambigua de Esparta minó el terreno en Atenas al partido conservador y menos enemigo de los espartanos representado por Nicias, y dió vuelo nuevamente á la democracia radical.

Las elecciones, verificadas en otoño de 421 en Esparta, dieron nueva preponderancia en el Consejo de los eforos á

los partidarios de la guerra. Estos, no solo buscaron nuevos lazos de union con Argos, en donde predominaban cada vez mas los elementos aristocráticos, sino que á principios de 420 firmaron con los beocios una alianza, verdadera violacion del tratado, que con razon fué mal acogida en Atenas, á pesar de que Esparta aseguró á los atenienses haberse hecho solamente para restituir á la potencia ática la ciudad de Panacton y los prisioneros de guerra. Los atenienses comprendian perfectamente que lo que hacian los eforos era asegurarse en Beocia un fuerte auxilio contra Atenas, y como en el entretanto los tebanos habian demolido las fortificaciones de Panacton, nadie pensó en evacuar á Pylos.

A consecuencia de este desacuerdo que entre las dos principales potencias griegas reinaba, pudo Alcibiades llegar á figurar en primer término, pareciéndole esta una ocasion favorable para fomentar las disidencias por lo menos hasta provocar un rompimiento diplomático, y utilizar luego esta ruptura de relaciones con el Peloponeso para aislar en lo posible por completo á Esparta dentro de sus antiguos territorios. Ya se habia puesto de acuerdo con los jefes de la democracia de Argos, y á excitacion suya, durante la primavera de 428 llegaron á Atenas enviados de Argos, de Elis y de Mantinea para entablar negociaciones de alianza. Cuando en tales circunstancias los espartanos enviaron á Atenas sus embajadores, para evitar que aquellas se llevasen á cabo y restablecer la armonía, presentando ventajosas proposiciones que fueron favorablemente acogidas en la Bula, Alcibiades, que contaba con la impotencia de los espartanos ante la gran Asamblea, apelando á la mas refinada astucia, disuadió á los embajadores de que se presentasen ante la Iglesia, cuyas exigencias serian muchas, como revestidos de plenos poderes, y les prometió que influiria para que se llevase á cabo la evacuacion de Pylos. Los enviados de Esparta consintieron en seguir este pérfido consejo, y aprovechándose Alcibiades ante la Asamblea del pueblo de la contradiccion por él mismo provocada, les atacó con vehemencia haciendo notar la imposibilidad de firmar un tratado con una gente que cada dia cambiaba de opinion. De este modo quedaron completamente frustradas las intenciones de Esparta y se excitó la cólera del partido que en ella opinaba por la guerra.

Con todo, Nicias se dirigió en persona al Eurotas para solicitar la restitucion de Anfipolis é el rompimiento de la alianza beocia, consiguiendo únicamente la afirmacion solemne de la paz; y cuando, poco antes de los juegos olímpicos de aquel año, regresó á Atenas, sin haber podido alcanzar su intento, fué ya imposible evitar que el demos entrase en la simmaquia de Argos, Elis y Mantinea.

Alcibiades habia, pues, conseguido su primera victoria diplomática; y alcanzó la segunda cuando en las nuevas elecciones de estrategos derrotó á Nicias y le reemplazó en el puesto mas importante de aquel Colegio. En tal situacion, emprendió al comenzar el año de 419 una expedicion al Peloponeso, llevando consigo un número escaso de fuerzas, pues, por un lado, necesitaban los atenienses perennemente una parte de su ejército para luchar contra las ciudades de Calcidia y la de Anfipolis, lucha que en 416 se convirtió en una guerra contra Perdicas de Macedonia; y por otro, el partido de la paz era demasiado fuerte para permitir una guerra con Esparta. Como en esta predominaban análogas opiniones, de aquí que durante muchos años siguiese tan singular estado de cosas, en virtud del cual las dos potencias se hacian una guerra lenta y en cierto modo indirecta. Solo que la consecuencia mas peligrosa de la lucha seguida desde 431, es decir la permanencia de la mortal antipatia que entre los partidos aristocráticos, especialmente los oligárquicos, y los democráticos existia en el interior de las ciudades griegas,

comenzó á ocupar el primer término con mayor energía y mas peligrosa inmoralidad.

XIII.—ALCIBIADES EN EL PELOPONESO. VICTORIA DE LOS ESPARTANOS EN MANTINEA

Alcibiades se presentó, pues, en 419 en el Peloponeso, dando propiamente un mero paseo militar por los territorios de los nuevos aliados, en el cual, robusteciendo las relaciones arcadias, consiguió aliar á Argos con Elis, separar del partido de Esparta á Corinto, que de nuevo se habia adherido á él, y hacer entrar en la alianza de Atenas al excelente puerto aqueo de Patre que, junto con Naupactos, podia obstruir á los corintios el golfo de Corinto. En cambio, fué imposible lograr que la aristocrática Epidauró, importante por su situacion, se separase de los espartanos.

Al llegar las nuevas elecciones de estrategos en 418, el partido de la paz, cuya hostilidad á Alcibiades estaba apoyada por el poeta dramático Eupolis, enemigo personal del noble demagogo, impidió que este fuese reelegido en su cargo. Entonces los espartanos, para aliviar á los de Epidauró que incesantemente se veian molestados por los de Argos, pusieron en pié de guerra un numeroso ejército compuesto de peloponesios y de otros aliados, con el cual el rey Agis, á mediados del verano de 418, se dirigió por Flio y Nemea contra Argos. Una vez delante de las puertas de la ciudad y cuando se preparaba una gran batalla entre el contingente de los argivos y las tropas del rey, en la cual ambos contendientes esperaban alcanzar la victoria, bien que los primeros no tuviesen razon alguna para confiar en ella, dejóse persuadir Agis por dos notables de Argos de la conveniencia de renunciar á la lucha y firmar un armisticio de cuatro meses. Esta conducta fué muy mal acogida por ambas partes: el demos de Argos, de apasionados y limitados alcances, volvióse, insensato y airado, contra los negociadores, y el rey Agis no sufrió menos reconvencciones de los aliados y de sus compatriotas. El cambio que en la política interior habian producido las negociaciones de los argivos no satisfizo ni á Argos, ni á Atenas; por el contrario, los atenienses enviaron para auxiliar á los argivos 1,000 hoplites y 300 caballos mandados por Saches y Nicostratos y dirigidos por Alcibiades, como agente político; y cuando estos en union de los argivos, eleos y mantineos, reanudaron las hostilidades, conquistando á Orcomenes y marchando sobre Tegea, los funcionarios espartanos montaron en cólera contra Agis, quien se vió obligado á tolerar una nueva debilitacion del poder real, consintiendo que en todas las empresas le acompañase un consejo de guerra, compuesto de diez miembros.

La larga indecision que durante todo este año se observa en los atenienses, prescindiendo de las luchas de Calcidia, parece que tuvo su fundamento en las discordias intestinas. Probablemente en este año fué cuando los partidos de Nicias y de Alcibiades resucitaron la antigua práctica del ostracismo. El ataque fué esta vez imprevisto: los caudillos se pusieron de acuerdo para oponerse á todo trance al partido de la paz y para deshacerse de Hyperbolos, que era inútil á Alcibiades y que fué desterrado á Samos. En el ánimo de los partidos el ostracismo, al cual se apeló entonces por última vez, habia perdido de tal modo su importancia, que el destierro de Alcibiades hubiera podido fácilmente convertir á este hombre sin fe en enemigo de su patria, y del mismo modo era evidente que, con el tiempo, ambos partidos áticos serian iguales en fuerza. Por esto se arrastraba penosamente la lucha en el Peloponeso, en donde el rey Agis, que ansiaba dar un combate decisivo, aprovechando una ocasion en que los eleos habian regresado á sus hogares, y contando con las cinco sextas partes de las fuerzas laconias, dirigióse hácia Tegea, se unió con los con-

tingentes arcadios y derrotó por completo á sus enemigos al pié de los muros de Mantinea.

Esta victoria resucitó pronta y enérgicamente el antiguo esplendor de las espartanas armas. En Argos quedó por completo destruido el poder de la democracia, y la oligarquía de esta ciudad, protegida por un cuerpo de ejército permanente, logró que durante el invierno de 418 á 417 fuesen aceptadas las proposiciones de paz que les habia hecho Esparta, que se suspendiese la guerra de Epidauró, que se rompiese la alianza con Atenas y, finalmente, que se formase una liga con Esparta, en la cual entraron al poco tiempo los calcidios y los macedonios. Mantinea debió someterse de nuevo á la soberanía de Esparta y en la misma Argos la constitucion democrática desapareció en el invierno de 417, despues de una sangrienta revolucion, extendiendo, además, Esparta su propaganda oligárquica por las costas sicónico-agueas.

Aunque este movimiento era una completa derrota de la política de Alcibiades, su fortuna quiso que la brutal arrogancia de la oligarquía de Argos, especialmente de Brias, jefe de las tropas, fuese causa á los ocho meses de una nueva revolucion, en la cual fueron vencidas las mejores tropas de la oligarquía, antes de que á su auxilio pudieran volar los espartanos. Atenas, en vista de ello, se apresuró á intervenir en los sucesos á fin de proteger la ciudad contra los ataques del ejército lacedemonio y de los fugitivos oligarcas. Alcibiades corrió hácia Argos y mandó construir un muro de defensa de una hora y cuarto de extension para defender el camino que conducia á la costa. Renovóse en seguida la alianza con Atenas: las luchas entre los argivos y las tropas espartano-peloponesias, que á partir de este momento estuvieron con aquella enlazadas, no pudieron ya separar á Argos de Atenas, á pesar de que los muros fueron de nuevo derribados.

XIV.—ALCIBIADES Y LA EXPEDICION DE LOS ATENIENSES Á SICILIA

La sujecion y cruel desolacion, motivadas probablemente por Alcibiades, de la isla dórica de Melos, hasta entonces neutral, y que á la sazón se aliaba con los espartanos, y por consiguiente se negaba á entrar en la simmaquia ática, mostró muy claramente en 416 la creciente ferocidad de los partidos. Pero los gritos de desesperacion de los vencidos melios espiraron entre el tumulto de los grandes preparativos que los atenienses estaban haciendo para llevar á cabo su nueva expedicion á Sicilia.

Esta comarca no tardó mucho en perder la tranquilidad que parecia asegurarle la paz de Gela, habiéndose reproducido muy pronto los conflictos entre Siracusa y Leontini. Mientras la primera conservaba una gran preponderancia, la proteccion que la gran metrópoli dórica de los siciliotas dispensaba á los selinuntinos en la guerra que se habia encendido en la parte occidental de la isla, entre Selinunte y la semi-helénica ciudad de Egesta, amenazaba facilitar á los elementos dóricos de aquella una completa victoria. Abandonados de todos, los egesteos enviaron durante el verano de 416 sus embajadores á Atenas para procurarse el auxilio de esta poblacion.

La idea de una grande expedicion á Sicilia halló eco en una buena parte de los atenienses, que buscaban en los vaivenes de la guerra el botín y la gloria, y que halagados y embriagados por el fantástico atractivo de la distancia, se hacian exageradas ilusiones del poder de Atenas y no consideraban lo bastante las grandes dificultades que consigo traia una guerra en Sicilia. Desgraciadamente el hombre mas popular entonces, Alcibiades, era el mas elocuente representante de aquella idea, y lo que presentaba como fundamento aparente para un ataque contra Siracusa, era una violenta locura po-

lítica. Las grandes dificultades que se oponían al buen éxito de una empresa encaminada á hacer algunas conquistas allende el mar Jónico; la evidente imposibilidad de conservar desde la apartada y pequeña Atica lo conquistado, en caso de una victoria, tanto menos cuanto que las nuevas adquisiciones se encontrarían en medio de potencias enemigas y sospechosas como Esparta y Corinto, los etruscos y los cartagineses; y finalmente la inaudita ligereza, de hacer gala delante de los indómitos y rencorosos peloponesios, que á su flanco y á su espalda tenían, de los medios militares y económicos del imperio ático, para provocar con ello una guerra de grandes dimensiones é incalculables consecuencias; todo esto no podía ocultarse á la penetración de un político inteligente como Alcibiades. Pero halagábanle extraordinariamente los novelescos atractivos de una expedición marítima á Sicilia.

La fantasía de los atenienses podía hacerles soñar en llegar hasta Cartago: esta vez, como otras, dejáse dominar el hijo de Clinias por la desmesurada ambición de mando, por el diabólico egoísmo, que le representaban ante su vista lo que sucedería en caso de llevar aquella guerra á feliz término, es decir, su incontestable supremacía en Atenas y en toda la Grecia. Sobre él pesa la temible acusación histórica de haber precipitado al pueblo ático, presa de siniestro entusiasmo, en un vértigo de que solo raros ejemplos nos ofrece la historia.

El número cada vez mayor de los atenienses prudentes, que veían con dolor cómo su Estado se engolfaba en tan peligrosas empresas, nada pudo contra una guerra en favor de la cual se declaraba la opinión pública. Los emisarios que los atenienses habían enviado para reconocer el estado de cosas de Egesta, se dejaron engañar y, sobornados ó no, llevaron á su patria las mejores noticias acerca del poder de los egesteos. En vano Nicias, que con espanto se vió nombrado general con Alcibiades en una guerra por él tan execrada, trató, con gran audacia, de hacer revocar la orden para la expedición: la ironía, en cierto modo trágica, de su suerte, quiso que toda la oposición que el inteligente soldado hacía á aquella guerra, condujese únicamente á que se concediesen para ella muchos mas medios de los que el mismo Alcibiades podía esperar.

XV.—LAS CRUELDADES Y LOS PROCESOS DE LOS HERMOCÓPIDAS

Cuando las fatales reuniones generales de 19 y 24 de marzo de 415 declararon irrevocable el nefasto acuerdo, comenzaron Atenas y todas las comarcas aliadas del Estado ático á prepararse enérgicamente y á reclutar soldados en los países amigos, como Argos. Pero antes de que la escuadra emprendiese la marcha, decayeron de un modo siniestro las esperanzas personales de Alcibiades. La grande agitación de todos los partidos y especialmente los temores de los enemigos de la expedición, habían llamado la atención sobre algunos siniestros presagios: la ciudad fué presa del terror, cuando en la mañana del 11 de mayo de 415 encontró derribadas y mutiladas casi todas las marmóreas columnas de Mercurio que existían en muchos puntos de la gran metrópoli, en la Agora, frente á varias casas particulares y santuarios, y en los cruceros de los caminos, como símbolos de uno de los mas populares dioses del Olimpo. El espanto fué indescriptible; los sentimientos religiosos que aun alentaban con toda su fuerza en el pueblo ático, se vieron heridos de muerte, y los ciudadanos, presa de mortal angustia en vista de la ofensa hecha á la divinidad, temieron en alto grado la cólera de los dioses. Hubo un momento en que el miedo despertado por tal augurio estuvo á punto de hacer renunciar á la expe-

dición de Sicilia. Si así hubiese sido, los pérfidos intrigantes que, aprovechando las sombras de la noche, habían llevado á cabo el colosal desatado, hubieran prestado inconscientemente un gran servicio á la ciudad. Mas por desgracia las cosas tomaron otro sesgo y aquella noche fué el punto de partida de uno de los mas ignominiosos procesos y el primer eslabon de una cadena de pérfidas escaramuzas políticas, que en lo sucesivo debían amenazar la existencia de la nación ateniense y de su democracia.

Nuevas investigaciones científicas han demostrado, y tal es la opinión actualmente seguida, que la destrucción de los hermes acaecida en aquella fatal noche de mayo no fué el resultado fortuito de un sacrilegio llevado á cabo por jóvenes libertinos en estado de embriaguez. Al contrario, la opinión predominante encuentra en este acontecimiento la mano de un grupo de implacables enemigos de Alcibiades, audaz demagogo que se había creado gradualmente en Atenas muchas enemistades. Aun prescindiendo de los infinitos á quienes su desmedido orgullo había ofendido, se contaban en el número de sus enemigos, por un lado muchos demagogos de segunda fila que no podían prosperar junto á él, y por otro, un gran número de jóvenes oligarcas. La enemistad siempre creciente entre los partidos había sido causa de que el grupo radical del aristocrático se separara gradualmente de la masa patriótica de aristócratas conservadores y moderados. Muchos jóvenes, frívolos y egoístas, que profesaban aquellas ideas, descontentos hacia largo tiempo de la dirección poco enérgica del partido antidemocrático, á cuyo frente estaba Nicias, se convirtieron, cada vez mas, en rudos hombres de partido, y, siguiendo la cruel costumbre de aquel tiempo, por desgracia no de aquel solo, se decidieron á no reconocer otros intereses que los de su propia facción anteponiéndolos en todas circunstancias al alto interés de la patria. Entre ellos se encontraban los principales enemigos de Alcibiades, que le consideraban como apóstata de su clase y que, detestando su ambición de mando, temían el prestigio que podía darle una victoria conseguida en la expedición á Sicilia. No es muy probable que este partido desperdiciase la ocasión de utilizar hábilmente un acontecimiento fortuito contra Alcibiades; pero es todavía mas verosímil que con conocida perfidia se cometiese, quizás por los compañeros de club de Andócides y Eufiletos, el sacrilegio de los hermes que era lo que principalmente había movido á los atenienses á temer la expedición de Sicilia. Cuando todavía no se había emprendido esta expedición, las cosas tomaron nuevo rumbo. Los oligarcas, aliados con los demagogos radicales, como había ya acontecido en tiempo del proceso contra la corte de Pericles, aprovecharon, unos embozada y otros abiertamente, una ocasión propicia para dirigir inmediatamente sus ataques contra Alcibiades. La ocasión fué la siguiente.

En vista de la excitación general, la Bula, junto con la Iglesia, trataron del asunto para proceder criminalmente á propósito del sacrilegio cometido. Algunos demagogos exaltados, como Pisandro, Caricles y otros, que pocos años mas tarde se desenmascararon presentándose como pérfidos caudillos de los revolucionarios oligarcas, consiguieron que se ofreciesen premios á los delatores, y lograron, en unión con los ultrademócratas y con los fanáticos sacerdotes, que se diese, de conformidad con la peligrosa práctica de la justicia ática, mayor extensión al asunto y que las investigaciones alcanzasen también á los sacrilegios nuevamente cometidos. Con esto se hizo posible que el furor popular se desviara de los *hermocópidas* y se dirigiera contra Alcibiades, á quien se atacó por sus costumbres. Y en efecto, casi al mismo tiempo que los jefes designados para la expedición de

Sicilia, Alcibiades, Nicias y Lamacos, debían exponer ante la asamblea del pueblo, celebrada probablemente en 10 de junio, el estado en que se encontraban los preparativos llevados á cabo con toda felicidad, se levantó la acusación contra Alcibiades por haber cometido sacrilegio con los misterios de Eleusis y con los bienes sagrados del Estado. Sea que la celebración de los misterios en casa del rico Pulytion, á quien se acusaba, hubiese sido solo una ignominiosa parodia de la fiesta religiosa, sea que Alcibiades obrase con miras exclusivistas, no queriendo tomar parte en la fiesta general del pueblo, el caso es que probablemente la acusación estaba muy fundada, y que, una vez roto el hielo, y cuando se acumularon las delaciones de toda especie, las condenas, y la fuga de los acusados, entre los cuales se contaban no pocos atenienses oligarcas, la coalición de los enemigos de Alcibiades consiguió la primera victoria. El demócrata radical Androcles presentó ante la Bula la acusación contra Alcibiades de que, en unión de una hetaira, había conspirado contra la constitución y celebrado los misterios en casa de Pulytion. Y cuando en la asamblea del pueblo, convocada para tratar de esta acusación, Alcibiades, protegido por sus tropas de mar y tierra y por los peloponesios que voluntariamente se le habían reunido á modo de mercenarios, exigió enérgicamente que el proceso se viese en seguida y antes de partir la escuadra, entonces la astucia de sus enemigos hizo que el demos, deseando favorecer al general, se decidiese á aplazar la vista de las acusaciones presentadas contra Alcibiades, para después de su regreso de la expedición de Sicilia.

XVI.—CAIDA DE ALCIBIADES. SE PASA Á LOS ESPARTANOS

Así pues, á principios de julio de 415 se hizo á la mar la escuadra ática, y en cuanto la coalición supo que el odiado general estaba lejos de Atenas, reanudó el proceso, prosiguiéndose con nuevo ardor las averiguaciones respecto de ciertos y determinados hermocópidas. Las temerarias y falsas denuncias, los arrestos y sentencias de muerte, cooperaron á que en la burguesía se arraigase cada vez mas la antipatía hacia el modo con que á la sazón procedía la democracia.

Cuando por fin se creyó haber descubierto y castigado el hecho en las personas de los compañeros de Andócides y Eufiletos, no sin que el furor del demos atizado criminalmente hubiese sido en extremo perjudicial para muchos oligarcas, se renovó la lucha decisiva contra Alcibiades, respecto del cual se había obrado de un modo pérfido después de su partida. Presentada nueva acusación por el oligarca Thesalos, hijo de Cimon, denunciando la violación de los misterios, el pueblo decidió que se llamase al general para que, presentándose en Atenas, pudiese justificarse de los cargos que se le dirigían.

El buque correo del Estado «Salamina» que debía llevar de Sicilia á Alcibiades, encontró á mediados de agosto al ejército ático en Catana, en las costas orientales de Sicilia. La poderosa escuadra ateniense, que constaba de 136 buques de guerra, entre ellos 100 áticos, de 30 embarcaciones mercantes, y de 100 pequeños barcos, que llevaba 6,430 soldados, de los cuales mas de 2,000 eran atenienses, y que constituía un contingente como nunca había presentado Atenas, había tropezado muy pronto con inesperadas dificultades. Este mismo exceso de fuerzas había introducido la desconfianza en los lugares italias y sicilias respecto á los atenienses. Reggio se mantenía neutral y las últimas noticias llegadas de Egesta indicaban claramente que los habitantes de esta ciudad habían engañado por completo á los embajadores atenienses respecto de su riqueza. El demos ático

co había creído dar muestras de prudencia nombrando para estrategos en una misma expedición á dos hombres tan opuestos por su carácter y por su partido como Nicias y Alcibiades; pero no hizo mas que trasladar á otra parte el teatro de sus rivalidades, las cuales estallaron en el primer consejo de guerra que celebraron los expedicionarios ante las murallas de Reggio. Nicias esperaba poderse deshacer de esta guerra, contraria á su voluntad, con un simple alarde de fuerzas en las costas de Sicilia, con el restablecimiento de la paz entre Egesta y Selinunte y en todo caso con algunos movimientos en beneficio de Leontini; pero sus esperanzas se vieron frustradas.

Desgraciadamente Alcibiades no participaba de la opinión del enérgico Lamacos, el cual dió el prudentísimo consejo de abandonar en seguida á Siracusa, poco preparada todavía y destruida por las luchas intestinas de los partidos, y en donde el poderoso Hermócrates acababa de reducir al silencio á la demagogia del radical Atenágoras y conseguir que se comenzasen los preparativos de guerra. De modo que predominó el plan de Alcibiades quien, contando con su personalidad, con sus tesoros y con su habilidad diplomática, se proponía en primer lugar separar por medio de negociaciones generales á los sicilias y sicelios de Siracusa y Selinunte, y tentar un ataque contra Siracusa, cuando ya contase con una ancha base de operaciones. Comenzáronse las encaminadas á este objeto y apenas se habían conquistado para Atenas las plazas de Naxos y Catana, cuando llegó el «Salamina» que debía llevarse á Alcibiades á Atenas, en virtud de la acusación criminal que sobre él pesaba.

Alcibiades no tenía entonces suficiente confianza en el ejército para poderse oponer á esta orden. Como era natural, no pensaba en comparecer ante el tribunal de Atenas, en donde se preveía ya el ocaso de su estrella; por lo cual siguió al «Salamina» en su regreso hasta Thurioi (Italia), y al llegar á este punto desapareció de repente para aparecer de nuevo al poco tiempo en Cilene (Elide). Visto que no se presentaba en Atenas, se le condenó en rebeldía á muerte y se confiscaron los bienes del traidor á la patria y sacrilego á la religión, contra el cual, siguiendo la antigua costumbre, el espíritu público del país fulminó la terrible maldición del Estado. Al llegar esto á noticia de Alcibiades, apoderóse de él la sed de venganza y por espacio de mucho tiempo hizo cuanto pudo para atraer sobre Atenas las mayores desgracias. No teniéndose por seguro ni en Elis ni en Argos contra las pesquisas de la justicia ática, se echó en brazos de los espartanos, para valerse de ellos como instrumentos de su odio, presentándose durante la última semana de 415 en Esparta, donde se le recibió con gran alborozo. Su extraordinaria ductilidad hacia que le fuese muy fácil adaptarse con admirable rapidez á las costumbres y usos de sus nuevos amigos. Desgraciadamente fué también para los espartanos el maestro que necesitaban para dar á su política la actividad, el atrevimiento, el dilatado golpe de vista y la mala fe, con las cuales habían de destruir por completo el poderío de Atenas. Dos eran los objetos que se proponía Alcibiades en Esparta: apoyar decididamente á los siracusanos, y renovar la guerra contra el Atica.

Fácil le fué conseguir que los peloponesios prestasen pronto auxilio á los de Siracusa, pues la retirada de Alcibiades había sido perjudicial á las operaciones de los atenienses en Sicilia. Nicias, sin embargo, se había repuesto gradualmente, poniendo otra vez de manifiesto delante de Siracusa su talento como general; y cuando, á principios del año 414, recibió de Atenas algunos refuerzos, especialmente de caballería, y puso estrecho cerco á la ciudad, obligó á los siracusanos á pensar en la rendición.

XVII.—LA GUERRA DE SICILIA. LOS ESPARTANOS SE APODERAN DE DECELIA

Un movimiento llevado a cabo por Alcibiades cambió por completo la faz de los sucesos, en detrimento de Atenas. Poco tiempo después de haberse pasado al bando espartano, llegaron a Lacedemonia enviados de Hermócrates y de Corinto en demanda de auxilio para Siracusa, y como las autoridades de Esparta no podían de derecho emprender cosa alguna, les enteró Alcibiades de los planes que el partido ático guerrero había formado y quería llevar a cabo en la expedición de Sicilia, cuya realización le había sido en un principio confiada, y cuyo verdadero objeto era la destrucción del poderío de Esparta. Como los espartanos, según el extraño derecho público griego, no podían declarar la guerra sin ser antes provocados directamente por los atenienses, enviaron á instancias del pérfido Alcibiades, á fines de mayo de 414, á Sicilia al mejor general que entonces tenían, al activo y hábil Gylippos, muy conocedor de los asuntos de allende los mares, poniendo á sus órdenes una escuadra corintia. No sin tener que vencer muchas dificultades, logró este atrevido militar llegar á Himera con 700 hombres; pero desde esta ciudad y engrosado su ejército hasta contar con 2,000 soldados, supo llegar á Siracusa en el mes de julio. Revestido del mando de esta ciudad y obrando con energía y feliz estrategia, pudo conseguir al poco tiempo que los atenienses se viesan en una situación en extremo crítica.

Lamacos halló, por fin, la muerte en esta expedición, y Nicias, acobardado y atacado por una grave enfermedad, no tuvo valor moral para mejorar rápidamente aquella situación extrema, ni para exponerse á la cólera del demos. Cuando, á mediados del próximo invierno, dió cuenta, en sus comunicaciones, de la apurada situación en que se encontraba y manifestó la necesidad ó de renunciar á la guerra ó de que se le enviasen iguales refuerzos que en 215, los ciudadanos áticos quisieron proseguir la campaña de Siracusa, mostrando en esto una tenacidad muy respetable en sí misma, pero de consecuencias fatalísimas. Enviaron, pues, á Nicias otros dos generales y además 10 buques y dinero que condujo Eurimedonte. Demóstenes era, sin embargo, de opinión de que se hiciesen para la primavera los mas grandes preparativos.

Entre tanto los sucesos tomaron otro rumbo muy diferente y peligroso. Perdidas de Macedonia habia continuado desde 415 siendo adicto á los atenienses y después de su muerte en 413, su bastardo Arquelao, que, primero como tutor de su hermano legítimo y después del infame asesinato de éste como rey, adquirió la soberanía del reino de los Argeadas, gobernado por Perdicas con una habilidad y una perfidia de éxito seguro durante el período de la guerra griega, mantuvo también durante mucho tiempo la amistad con Atenas; pero no sucedía lo mismo con el Peloponeso. Esparta estaba decidida á reanudar la guerra en Grecia, en cuanto encontrase un fundamento ó un pretexto para ello.

A causa de las contiendas entre Argos y Esparta, habia esta devastado, en 414, una gran parte de la Argólida: los argivos, entonces, impetraron de Atenas el auxilio que por la alianza les era debido; y los atenienses les enviaron 30 buques. Viéronse con este motivo muy favorecidos los planes de Esparta, gracias á que los jefes del ejército ateniense atacaron á Laconia, invadiendo las fronteras de Prasie y Epidaurós-Limera. En su consecuencia, decidióse hacer directamente la guerra á Atenas, y en abril de 413, el rey Agis se dirigió con un ejército peloponeso al Atica, cuyos labradores y propietarios hacia doce años que habían comenzado

de nuevo y penosamente á cultivar la asolada comarca. Pronto conocieron los atenienses que Alcibiades era quien había dado á los espartanos este pérfido consejo, para perder á su antigua patria. No se trataba ya de verificar una correría, como las que tantas veces se habían llevado á cabo, sino de reanudar la práctica guerrera de los dorios del tiempo de la conquista de Laconia, aunque acomodada á las modernas circunstancias, cual era establecer en Atica una fortaleza y tener en ella una guarnición permanente de lacedemonios. Alcibiades habia designado á sus nuevos amigos, como el punto mas favorable para bloquear constantemente á Atenas y poder permanecer y dominar estratégicamente el Atica, la plaza de Decelia (hoy Tatoy), distante solo tres millas de la capital y situada á igual distancia de las fronteras beocias. Existía en este sitio una colina aislada, desde la cual podía verse Atenas, fuertemente atrincherada y guarnecida.

XVIII.—DERROTA DE LOS ATENIENSES EN SIRACUSA. SITUACION DESESPERADA DE ATENAS

Este primer jaque que dieron los espartanos en el nuevo tablero de la guerra, tuvo las mas trascendentales consecuencias. La salida de la última escuadra atica enviada á Siracusa, hizo imposible la debida resistencia. Los atenienses, con desesperada energía, dejaron, á pesar de la invasión enemiga, que la expedición fuera á Siracusa, cuando en las trincheras de Decelia asomaban ya las armas peloponesias.

El audaz Demóstenes conducía 73 triremes, 5,000 guerreros y otras muchas tropas ligeras á Sicilia, á donde llegó cuando los atenienses, que se encontraban delante de Siracusa, se veían atacados por mar por los siracusanos, á quienes habían instruido los marinos corintios, y sufrían una derrota completa.

La llegada de la escuadra ateniense espantó á los siracusanos tanto como animó á los atenienses. Propuso entonces Demóstenes apoderarse de nuevo de la altura que dominaba la ciudad; pero en el ataque nocturno que dieron los atenienses sufrieron una gran derrota, debida, no á su culpa, sino al cúmulo de incidentes desgraciados de una batalla en tales circunstancias, en vista de las cuales opinó aquel inteligente general que era preciso abandonar la insostenible posición que los atenienses ocupaban delante de Siracusa. La tenacidad de Nicias no quiso consentir en ello; mas cuando los inconvenientes del clima de la comarca siracusana se hicieron temibles, cuando los siracusanos dirigieron al exterior sus ataques cada vez mas fuertes, Nicias se vió obligado á ceder de su empeño. Un eclipse de luna acaecido en la noche del 27 de agosto de 415, aterrorizó al supersticioso ejército, no teniendo ninguno de los caudillos talento ni presencia de espíritu suficientes para tranquilizar á los soldados y á las tripulaciones. La extravagante mojigatería de Nicias aceptó la teoría de los augurios, según la cual este fenómeno indicaba el mandato de los dioses de que se retirasen antes de un mes; pero no tuvieron que esperar tanto tiempo, porque los siracusanos hicieron todo lo imaginable para impedir que las fuerzas atenienses permaneciesen por mas tiempo en Sicilia. Cuando, después de una última derrota naval, se les cerró el camino del mar, no tuvieron mas remedio que partir por tierra. En esta marcha desesperada que después de algunos rodeos, debía conducir á los atenienses perseguidos por los siracusanos, á Catana, trabáronse muchos combates, á consecuencia de los cuales la mayor parte del ejército ático, dividido en dos columnas, cayó, en 10 de setiembre, en manos de Gylippos. 7,000 hombres fueron hechos prisioneros, siendo la mayoría de ellos vendidos como esclavos: Nicias y Demóstenes fueron inhumanamente ejecutados en Siracusa.

La horrorosa catástrofe de Sicilia decidió ciertamente la gigantesca lucha entre las simaquiás ática y espartana. Todo cuanto hicieron todavía los atenienses fué ciertamente una prueba admirable de la extraordinaria fuerza y tenacidad de aquel Estado; pero no produjo mas efecto que aplazar por algun tiempo la decadencia de la poderosa ciudad de Pericles, ya que nadie podía soñar en que la ciudad, mortalmente herida, pudiese encontrar la tranquilidad de otros tiempos. Por el contrario, en aquellas circunstancias en que la temida fuerza del pueblo ático pareció estar poderosamente conmovida, se aprestaron no solo los espartanos y corintios, sino los siracusanos, á tomar venganza, aquellos de la última derrota y estos del peligro de guerra que durante diez años les habia amenazado. Además, las luchas griegas que destruían á la nación despertaron las esperanzas de los persas, ganosos de vengar el ultraje recibido y de poder plantar su bandera en las plazas ribereñas de la costa del Asia Menor. Y era lo peor para los atenienses que, desde la cruel catástrofe, en el interior de su imperio se hacia cada vez mas temible y mas fuerte la aspiración á la revolución oligárquica.

Lo que en primer término temían los atenienses era la trascendencia de la fortificación de los espartanos en Decelia, comprendiendo entonces que el Atica seria presa de las mas desesperadas devastaciones, y pudiéndose considerar salvos los atenienses solamente á las inmediaciones del recinto de las murallas de la ciudad. Los productos de la Eubea, grano y carnicería de Atenas, podían ser conducidos á la ciudad por mar, dando un rodeo por el Sunio; mas lo peor era que los esclavos áticos, á pesar de ser tratados con excepcional benignidad, prefirieron pasarse en número de 20,000 á los espartanos.

Cuando acontecieron las grandes derrotas de Sicilia, cuando las fuerzas de la ciudad y del imperio se encontraron inutilizadas y perdidas, comprendieron perfectamente los atenienses que en toda la línea que se extendía desde Siracusa á Sardes se hacían grandes preparativos y se intrigaba para destruir el resto del poderío ático: 200 buques y 60,000 hombres se daban ya por perdidos, y esto no obstante el audaz y sin par pueblo ateniense, después de pasada la primera emoción, decidió proseguir la guerra mientras alentase un solo hombre y mientras existiese en el tesoro una sola dracma, dando muy pronto á comprender á sus enemigos lo que Atenas podia aun llevar á cabo.

XIX.—LAS CIUDADES ALIADAS JÓNICAS SE SEPARAN DE ATENAS. GUERRA EN LAS COSTAS JÓNICAS

La situación de las cosas obligaba á Atenas á una lucha únicamente defensiva, siendo por esta vez Esparta, en donde dominaba Alcibiades, la que hubo de inaugurar la guerra. Pero aun en esta ocasión los hombres del Peloponeso se engañaron de nuevo respecto de la fuerza de resistencia de los atenienses: las noticias procedentes de las playas sicilianas habían hecho que durante el otoño del año 413, entrasen en la alianza de Esparta así los gobernantes del Asia Menor, el caballeresco Farnabazo, en Dascilion, y en Sardes el pérfido intrigante Tisafernes (quien en 414 ó 413 habia vencido á Pisuthnes, que desde 424 se habia separado del imperio), como los oligarcas de las comarcas jónicas, que aspiraban á la autonomía, especialmente la isla de Chio. Alcibiades fué quien indujo á los mas influyentes espartanos á comenzar, en union con el poderoso Tisafernes, la destrucción de la alianza ática por la Jonia, en donde, por un lado, el partido favorable al levantamiento contra Atenas se hallaba por lo menos en tan buenas condiciones como en Eubea, y por otro, se podia contar con la escuadra de los chiotas, y en

donde, finalmente, el desterrado sediento de venganza tenía gran número de partidarios políticos. Con esto esperaban los espartanos poder aniquilar en la misma campaña del verano de 412 el poder colonial de Atenas. Mientras, en el curso del invierno de 413 á 412, Chio y Eritrea entraron secretamente en la liga peloponésica; mientras los espartanos, que veían claramente la imposibilidad de aniquilar á Atenas sin el auxilio de grandes recursos pecuniarios y de una imponente escuadra, habían ordenado, guiados mas por la codicia que por un verdadero talento práctico, que se les preparase á ellos y á sus aliados en el Peloponeso y en la Grecia central un contingente de 100 buques, con los cuales debían unirse á la armada de los rencorosos corintios para ir contra Atenas, los atenienses, contra cuya ciudad y cuyos puertos nada habían intentado los espartanos en la época de mayor desesperación, es decir después de la catástrofe de Sicilia, hacían también con tenaz energía los mayores preparativos, á pesar del precario estado en que su hacienda se encontraba. Proporcionáronse recursos, no ya valiéndose de los impuestos directos de los aliados y súbditos, sino apelando á una contribución indirecta consistente en un cinco por ciento que debían pagar los buques á su entrada y salida de los puertos áticos, procedimiento que subsistió por espacio de cuatro años.

Los terribles acontecimientos del último año habían por completo desacreditado al partido radical. Después de la conmoción causada por la catástrofe de Sicilia, sintióse en el interior cierta tranquilidad: los elementos moderados y aristocráticos adquirieron mayor preponderancia, y el pueblo consintió en que se creasen unos nuevos funcionarios revestidos de plenos poderes, los *próbulos*, ó sean diez ancianos, que debían examinar y aprobar las proposiciones presentadas ante la Eclesia, limitando de este modo la soberanía de la plebe radical. Bajo su dirección, hiciéronse grandes economías y se fortificó debidamente el cabo Sunio para defender la ruta marítima hacia Eubea. La admirable energía de los atenienses consiguió muy pronto una victoria en la nueva campaña.

Los espartanos se habían decidido finalmente á comenzar durante la primavera de 412 la expedición marítima á Jonia partiendo de los puertos corintios de Oriente: llegado que hubo este hecho á noticia de los atenienses, apresuráronse, en el mes de abril ó de mayo, á impedir la marcha de la escuadra peloponésica; y con 28 embarcaciones lograron atraer á 21 buques enemigos que habían salido de Cencrea, hacia el puerto abandonado de Peireon, en los límites de Epidauró, consiguiendo sobre ellos una gran victoria, y sujetándolos, por fin, á un riguroso bloqueo.

La sorpresa que esto causó en Esparta fué tal, que hasta se pensó en renunciar á la expedición jónica; pero el traidor á su patria, Alcibiades, con su elocuencia supo arrastrar á los eforos á intentar una prueba en Jonia, aun con escasos medios. Él mismo se unió al caudillo espartano Calcideo, que mandaba la escuadra compuesta de solos cinco buques, llegó á Chio, que todavía no habia sido atacada, y consiguió que esta isla, que poseía sesenta embarcaciones, así como las ciudades de Eritrea y Clazomene, se rebelasen abiertamente contra Atenas. Las pequeñas escuadrillas que Atenas mandó en seguida á la Jonia no pudieron sofocar la peligrosa insurrección. Teos y especialmente Mileto correspondieron al llamamiento de Alcibiades levantándose contra la soberanía ática.

Este fué el punto de partida de una nueva faz de la guerra: la sorpresa de los atenienses llegó á su colmo, decidiéndose en seguida utilizar las reservas pecuniarias y navales que habia organizado Pericles. En Jonia, Alcibiades y Calcideo, que debían armar convenientemente los lugares sublevados, firmaron con los persas conducidos por Tisafernes,

lítica. Las grandes dificultades que se oponían al buen éxito de una empresa encaminada á hacer algunas conquistas allende el mar Jónico; la evidente imposibilidad de conservar desde la apartada y pequeña Atica lo conquistado, en caso de una victoria, tanto menos cuanto que las nuevas adquisiciones se encontrarían en medio de potencias enemigas y sospechosas como Esparta y Corinto, los etruscos y los cartagineses; y finalmente la inaudita ligereza, de hacer gala delante de los indómitos y rencorosos peloponesios, que á su flanco y á su espalda tenían, de los medios militares y económicos del imperio ático, para provocar con ello una guerra de grandes dimensiones é incalculables consecuencias; todo esto no podía ocultarse á la penetración de un político inteligente como Alcibiades. Pero halagábanle extraordinariamente los novelescos atractivos de una expedición marítima á Sicilia.

La fantasía de los atenienses podía hacerles soñar en llegar hasta Cartago: esta vez, como otras, dejése dominar el hijo de Clinias por la desmesurada ambición de mando, por el diabólico egoísmo, que le representaban ante su vista lo que sucedería en caso de llevar aquella guerra á feliz término, es decir, su incontestable supremacía en Atenas y en toda la Grecia. Sobre él pesa la temible acusación histórica de haber precipitado al pueblo ático, presa de siniestro entusiasmo, en un vértigo de que solo raros ejemplos nos ofrece la historia.

El número cada vez mayor de los atenienses prudentes, que veían con dolor cómo su Estado se engolfaba en tan peligrosas empresas, nada pudo contra una guerra en favor de la cual se declaraba la opinión pública. Los emisarios que los atenienses habían enviado para reconocer el estado de cosas de Egesta, se dejaron engañar y, sobornados ó no, llevaron á su patria las mejores noticias acerca del poder de los egesteos. En vano Nicias, que con espanto se vió nombrado general con Alcibiades en una guerra por él tan execrada, trató, con gran audacia, de hacer revocar la orden para la expedición: la ironía, en cierto modo trágica, de su suerte, quiso que toda la oposición que el inteligente soldado hacía á aquella guerra, condujese únicamente á que se concediesen para ella muchos mas medios de los que el mismo Alcibiades podía esperar.

XV.—LAS CRUELDADES Y LOS PROCESOS DE LOS HERMOCÓPIDAS

Cuando las fatales reuniones generales de 19 y 24 de marzo de 415 declararon irrevocable el nefasto acuerdo, comenzaron Atenas y todas las comarcas aliadas del Estado ático á prepararse enérgicamente y á reclutar soldados en los países amigos, como Argos. Pero antes de que la escuadra emprendiese la marcha, decayeron de un modo siniestro las esperanzas personales de Alcibiades. La grande agitación de todos los partidos y especialmente los temores de los enemigos de la expedición, habían llamado la atención sobre algunos siniestros presagios: la ciudad fué presa del terror, cuando en la mañana del 11 de mayo de 415 encontró derribadas y mutiladas casi todas las marmóreas columnas de Mercurio que existían en muchos puntos de la gran metrópoli, en la Agora, frente á varias casas particulares y santuarios, y en los cruceros de los caminos, como símbolos de uno de los mas populares dioses del Olimpo. El espanto fué indescriptible; los sentimientos religiosos que aun alentaban con toda su fuerza en el pueblo ático, se vieron heridos de muerte, y los ciudadanos, presa de mortal angustia en vista de la ofensa hecha á la divinidad, temieron en alto grado la cólera de los dioses. Hubo un momento en que el miedo despertado por tal augurio estuvo á punto de hacer renunciar á la expe-

dición de Sicilia. Si así hubiese sido, los pérfidos intrigantes que, aprovechando las sombras de la noche, habían llevado á cabo el colosal desatado, hubieran prestado inconscientemente un gran servicio á la ciudad. Mas por desgracia las cosas tomaron otro sesgo y aquella noche fué el punto de partida de uno de los mas ignominiosos procesos y el primer eslabon de una cadena de pérfidas escaramuzas políticas, que en lo sucesivo debían amenazar la existencia de la nación ateniense y de su democracia.

Nuevas investigaciones científicas han demostrado, y tal es la opinión actualmente seguida, que la destrucción de los hermes acaecida en aquella fatal noche de mayo no fué el resultado fortuito de un sacrilegio llevado á cabo por jóvenes libertinos en estado de embriaguez. Al contrario, la opinión predominante encuentra en este acontecimiento la mano de un grupo de implacables enemigos de Alcibiades, audaz demagogo que se había creado gradualmente en Atenas muchas enemistades. Aun prescindiendo de los infinitos á quienes su desmedido orgullo había ofendido, se contaban en el número de sus enemigos, por un lado muchos demagogos de segunda fila que no podían prosperar junto á él, y por otro, un gran número de jóvenes oligarcas. La enemistad siempre creciente entre los partidos había sido causa de que el grupo radical del aristocrático se separara gradualmente de la masa patriótica de aristócratas conservadores y moderados. Muchos jóvenes, frívolos y egoístas, que profesaban aquellas ideas, descontentos hacia largo tiempo de la dirección poco enérgica del partido antidemocrático, á cuyo frente estaba Nicias, se convirtieron, cada vez mas, en rudos hombres de partido, y, siguiendo la cruel costumbre de aquel tiempo, por desgracia no de aquel solo, se decidieron á no reconocer otros intereses que los de su propia facción anteponiéndolos en todas circunstancias al alto interés de la patria. Entre ellos se encontraban los principales enemigos de Alcibiades, que le consideraban como apóstata de su clase y que, detestando su ambición de mando, temían el prestigio que podía darle una victoria conseguida en la expedición á Sicilia. No es muy probable que este partido desperdiciase la ocasión de utilizar hábilmente un acontecimiento fortuito contra Alcibiades; pero es todavía mas verosímil que con conocida perfidia se cometiese, quizás por los compañeros de club de Andocides y Eufiletos, el sacrilegio de los hermes que era lo que principalmente había movido á los atenienses á temer la expedición de Sicilia. Cuando todavía no se había emprendido esta expedición, las cosas tomaron nuevo rumbo. Los oligarcas, aliados con los demagogos radicales, como había ya acontecido en tiempo del proceso contra la corte de Pericles, aprovecharon, unos embozada y otros abiertamente, una ocasión propicia para dirigir inmediatamente sus ataques contra Alcibiades. La ocasión fué la siguiente.

En vista de la excitación general, la Bula, junto con la Iglesia, trataron del asunto para proceder criminalmente á propósito del sacrilegio cometido. Algunos demagogos exaltados, como Pisandro, Caricles y otros, que pocos años mas tarde se desenmascararon presentándose como pérfidos caudillos de los revolucionarios oligarcas, consiguieron que se ofreciesen premios á los delatores, y lograron, en unión con los ultrademócratas y con los fanáticos sacerdotes, que se diese, de conformidad con la peligrosa práctica de la justicia ática, mayor extensión al asunto y que las investigaciones alcanzasen también á los sacrilegios nuevamente cometidos. Con esto se hizo posible que el furor popular se desviara de los *hermocópidas* y se dirigiera contra Alcibiades, á quien se atacó por sus costumbres. Y en efecto, casi al mismo tiempo que los jefes designados para la expedición de

Sicilia, Alcibiades, Nicias y Lamacos, debían exponer ante la asamblea del pueblo, celebrada probablemente en 10 de junio, el estado en que se encontraban los preparativos llevados á cabo con toda felicidad, se levantó la acusación contra Alcibiades por haber cometido sacrilegio con los misterios de Eleusis y con los bienes sagrados del Estado. Sea que la celebración de los misterios en casa del rico Pulytion, á quien se acusaba, hubiese sido solo una ignominiosa parodia de la fiesta religiosa, sea que Alcibiades obrase con miras exclusivistas, no queriendo tomar parte en la fiesta general del pueblo, el caso es que probablemente la acusación estaba muy fundada, y que, una vez roto el hielo, y cuando se acumularon las delaciones de toda especie, las condenas, y la fuga de los acusados, entre los cuales se contaban no pocos atenienses oligarcas, la coalición de los enemigos de Alcibiades consiguió la primera victoria. El demócrata radical Androcles presentó ante la Bula la acusación contra Alcibiades de que, en unión de una hetaira, había conspirado contra la constitución y celebrado los misterios en casa de Pulytion. Y cuando en la asamblea del pueblo, convocada para tratar de esta acusación, Alcibiades, protegido por sus tropas de mar y tierra y por los peloponesios que voluntariamente se le habían reunido á modo de mercenarios, exigió enérgicamente que el proceso se viesese en seguida y antes de partir la escuadra, entonces la astucia de sus enemigos hizo que el demos, deseando favorecer al general, se decidiese á aplazar la vista de las acusaciones presentadas contra Alcibiades, para después de su regreso de la expedición de Sicilia.

XVI.—CAIDA DE ALCIBIADES. SE PASA Á LOS ESPARTANOS

Así pues, á principios de julio de 415 se hizo á la mar la escuadra ática, y en cuanto la coalición supo que el odiado general estaba lejos de Atenas, reanudó el proceso, prosiguiéndose con nuevo ardor las averiguaciones respecto de ciertos y determinados hermocópidas. Las temerarias y falsas denuncias, los arrestos y sentencias de muerte, cooperaron á que en la burguesía se arraigase cada vez mas la antipatía hacia el modo con que á la sazón procedía la democracia.

Cuando por fin se creyó haber descubierto y castigado el hecho en las personas de los compañeros de Andocides y Eufiletos, no sin que el furor del demos atizado criminalmente hubiese sido en extremo perjudicial para muchos oligarcas, se renovó la lucha decisiva contra Alcibiades, respecto del cual se había obrado de un modo pérfido después de su partida. Presentada nueva acusación por el oligarca Thesalos, hijo de Cimon, denunciando la violación de los misterios, el pueblo decidió que se llamase al general para que, presentándose en Atenas, pudiese justificarse de los cargos que se le dirigían.

El buque correo del Estado «Salamina» que debía llevar de Sicilia á Alcibiades, encontró á mediados de agosto al ejército ático en Catana, en las costas orientales de Sicilia. La poderosa escuadra ateniense, que constaba de 136 buques de guerra, entre ellos 100 áticos, de 30 embarcaciones mercantes, y de 100 pequeños barcos, que llevaba 6,430 soldados, de los cuales mas de 2,000 eran atenienses, y que constituía un contingente como nunca había presentado Atenas, había tropezado muy pronto con inesperadas dificultades. Este mismo exceso de fuerzas había introducido la desconfianza en los lugares italias y sicilias respecto á los atenienses. Reggio se mantenía neutral y las últimas noticias llegadas de Egesta indicaban claramente que los habitantes de esta ciudad habían engañado por completo á los embajadores atenienses respecto de su riqueza. El demos áti-

co había creído dar muestras de prudencia nombrando para estrategos en una misma expedición á dos hombres tan opuestos por su carácter y por su partido como Nicias y Alcibiades; pero no hizo mas que trasladar á otra parte el teatro de sus rivalidades, las cuales estallaron en el primer consejo de guerra que celebraron los expedicionarios ante las murallas de Reggio. Nicias esperaba poderse deshacer de esta guerra, contraria á su voluntad, con un simple alarde de fuerzas en las costas de Sicilia, con el restablecimiento de la paz entre Egesta y Selinunte y en todo caso con algunos movimientos en beneficio de Leontini; pero sus esperanzas se vieron frustradas.

Desgraciadamente Alcibiades no participaba de la opinión del enérgico Lamacos, el cual dió el prudentísimo consejo de abandonar en seguida á Siracusa, poco preparada todavía y destruida por las luchas intestinas de los partidos, y en donde el poderoso Hermócrates acababa de reducir al silencio á la demagogia del radical Atenágoras y conseguir que se comenzasen los preparativos de guerra. De modo que predominó el plan de Alcibiades quien, contando con su personalidad, con sus tesoros y con su habilidad diplomática, se proponía en primer lugar separar por medio de negociaciones generales á los sicilias y sicelios de Siracusa y Selinunte, y tentar un ataque contra Siracusa, cuando ya contase con una ancha base de operaciones. Comenzáronse las encaminadas á este objeto y apenas se habían conquistado para Atenas las plazas de Naxos y Catana, cuando llegó el «Salamina» que debía llevarse á Alcibiades á Atenas, en virtud de la acusación criminal que sobre él pesaba.

Alcibiades no tenía entonces suficiente confianza en el ejército para poderse oponer á esta orden. Como era natural, no pensaba en comparecer ante el tribunal de Atenas, en donde se preveía ya el ocaso de su estrella; por lo cual siguió al «Salamina» en su regreso hasta Thurioi (Italia), y al llegar á este punto desapareció de repente para aparecer de nuevo al poco tiempo en Cilene (Elide). Visto que no se presentaba en Atenas, se le condenó en rebeldía á muerte y se confiscaron los bienes del traidor á la patria y sacrilego á la religión, contra el cual, siguiendo la antigua costumbre, el espíritu público del país fulminó la terrible maldición del Estado. Al llegar esto á noticia de Alcibiades, apoderóse de él la sed de venganza y por espacio de mucho tiempo hizo cuanto pudo para atraer sobre Atenas las mayores desgracias. No teniéndose por seguro ni en Elis ni en Argos contra las pesquisas de la justicia ática, se echó en brazos de los espartanos, para valerse de ellos como instrumentos de su odio, presentándose durante la última semana de 415 en Esparta, donde se le recibió con gran alborozo. Su extraordinaria ductilidad hacia que le fuese muy fácil adaptarse con admirable rapidez á las costumbres y usos de sus nuevos amigos. Desgraciadamente fué también para los espartanos el maestro que necesitaban para dar á su política la actividad, el atrevimiento, el dilatado golpe de vista y la mala fe, con las cuales habían de destruir por completo el poderío de Atenas. Dos eran los objetos que se proponía Alcibiades en Esparta: apoyar decididamente á los siracusanos, y renovar la guerra contra el Atica.

Fácil le fué conseguir que los peloponesios prestasen pronto auxilio á los de Siracusa, pues la retirada de Alcibiades había sido perjudicial á las operaciones de los atenienses en Sicilia. Nicias, sin embargo, se había repuesto gradualmente, poniendo otra vez de manifiesto delante de Siracusa su talento como general; y cuando, á principios del año 414, recibió de Atenas algunos refuerzos, especialmente de caballería, y puso estrecho cerco á la ciudad, obligó á los siracusanos á pensar en la rendición.